Plumas, el flamenco que se cansó de cocinar

Ruth Prada

Plumas vivía con su familia en una bonita casa en el valle. En el pueblo de Plumas todas las criaturas se bañaban en el río, hacían carreras entre los árboles y agitaban sus alas para llegar a las frutas de los árboles. ¡Qué bien se lo pasaban!

Un día, Plumas se bañó tanto en el río que le entró mucha hambre y se puso a comer todo lo que pilló: aquí una manzana, allí un melocotón, más tarde una ciruela... Comió tanto que se quedó a dormir la siesta en la rama del ciruelo porque le pesaba la tripa y le costaba volar. Mientras dormía, empezó a soplar un viento huracanado que no le dejaba oír las voces que gritaban:

—¡Plumas, Plumas, ven a casa que te va a llevar el viento!

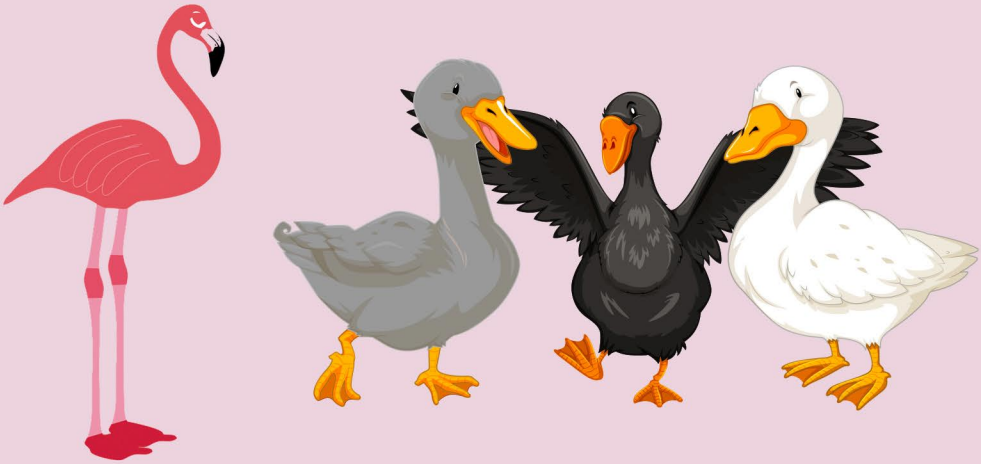
Plumas dormía un sueño profundo y no oyó a los que le llamaban.

La rama donde estaba se empezó a agitar de tal manera que Plumas se despertó y se agarró con las alas como pudo, pero al final el viento era demasiado fuerte y Plumas salió a propulsión por el aire, gritando de terror porque cada vez se alejaba más de su casa y de su pueblo y no podía volar contra el viento.

Cuando el viento empezó a amainar, Plumas había cruzado el lago y las montañas y, ya sin fuerzas, se dejó caer en un claro del bosque. Con mucho esfuerzo se puso en pie y agitó las alas para desprenderse de todas las ramas y las hojas de los árboles que llevaba enganchadas. Se acercó a beber a un río y vio su reflejo en el agua. Daba pena.

¿Qué va a ser de mí, tan lejos de mi casa y de mi gente?

Cuando llevaba un buen rato andando, al límite de sus fuerzas, vio una alegre columna de humo que salía entre las copas de los árboles. Se le doblaban las patas y le arrastraban las alas pero hizo el último esfuerzo y vio que el humo salía de la chimenea de una casa.



—¡Oh, aquí está mi salvación! —se dijo y llamó al timbre.

La puerta se abrió y tres aves salieron a recibirlo.

—Pasa, pasa. ¡Qué mal aspecto tienes! ¿Qué te ha ocurrido?

—El viento huracanado me trajo hasta aquí. Estoy lejos de mi casa y de mi pueblo —a Plumas le caían las lágrimas mientras les contaba su desgracia.

—No te preocupes, te puedes quedar con nosotros el tiempo que quieras. Somos los hermanos Coco, Pico y Nico, de la familia de los gansos.

—Muchas gracias, yo soy Plumas, de la familia de los flamencos.

Coco, Pico y Nico fueron muy amables con Plumas y le prepararon una cama en la buhardilla con un edredón muy calentito.

Cuando se despertó por la mañana, vio que sus nuevos amigos se habían ido a trabajar y habían dejado la casa muy desordenada, todo tirado por aquí y por allá. Pobres gansos, pensó, debían tener mucha prisa y no les dio tiempo a recoger. Voy a darles una sorpresa.

Así que Plumas barrió y fregó el suelo, ordenó la ropa que habían dejado tirada y preparó una rica comida para la cena. No sabía qué más hacer para demostrarles su agradecimiento.

Por la noche todo estaba impecable y el horno desprendía un aroma suculento.

—¡Oh, Plumas, qué bien huele la comida! —le dijeron los tres gansos cuando llegaron y se sentaron a la mesa a cenar.

Plumas se alegró de que les gustara tanto lo que había cocinado.

—Gracias, Plumas. A nosotros no se nos da nada bien lo de cocinar y recoger la casa.

A partir de ese día, la historia se repitió. Coco, Pico y Nico dejaban todo desordenado cuando se iban a trabajar y Plumas lo ponía todo en orden y preparaba una cena muy sabrosa.

—Hoy la comida está un poco sosa, ¿no te habrás olvidado de la sal?

Plumas, que llevaba horas cocinando, se puso muy triste por su descuido y al día siguiente se esmeró preparando una cena todavía más suculenta.

—Plumas, ¿dónde está mi gorro? Hace mucho frío y no lo encuentro —dijo Nico, y Plumas lo cogió del perchero y se lo dio.

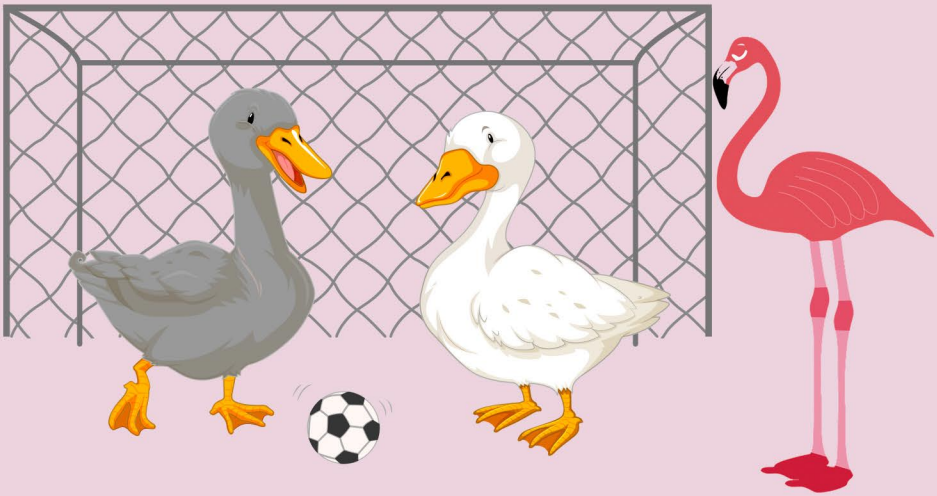
—Plumas, ¿mi camiseta amarilla está sin lavar? Pensaba ponérmela hoy —le dijo Coco, y Plumas se disgustó porque no entendía su enfado.

En esa casa, todo lo hacía Plumas pero sus amigos eran cada vez más exigentes.

Un domingo por la tarde, los tres hermanos gansos salieron al patio de su casa a jugar al fútbol. A Plumas también le encantaba jugar al fútbol y salió feliz detrás de ellos, cogió un balón y chutó.

—Perdona Plumas, pero tú no sabes jugar al fútbol. Sal del campo, anda —le dijeron los gansos con cara de superioridad sin haberlo visto jugar.

Plumas estaba indignado, le dieron ganas de marcharse, pero seguía soplando el viento y no podía volver a su casa.



Una tarde, el viento era tan fuerte que se abrieron las ventanas y un cuadro que estaba en la pared del salón se cayó al suelo. Plumas buscó por la casa las herramientas. Justo cuando estaba con el taladro en la mano aparecieron Coco, Pico y Nico.

–¡Eh, suelta ese taladro que te vas a hacer daño! Eso déjanoslo a nosotros —dijo Coco y le quitó el taladro de las manos.

A Plumas no le gustó nada que le impidieran terminar el trabajo que había empezado. ¿Por qué creían que era un patoso? No lo sabía, nunca le habían visto hacer patosadas.

Una noche, después de cenar, Nico dijo que había comido demasiado y que se iba a dar una paseo antes de acostarse. Sus hermanos le dijeron «Muy bien, hasta luego».

Al día siguiente, después de la cena, Plumas dijo que se iba a dar un paseo.

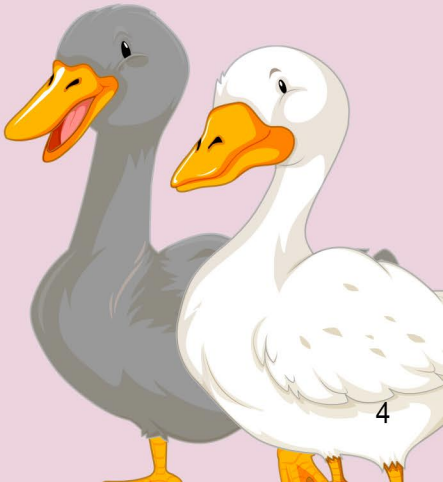
—¿Cómo te vas a ir ahora a dar un paseo? Tú no puedes salir de noche —le dijeron los tres hermanos con cara de susto y cerraron la puerta con llave.

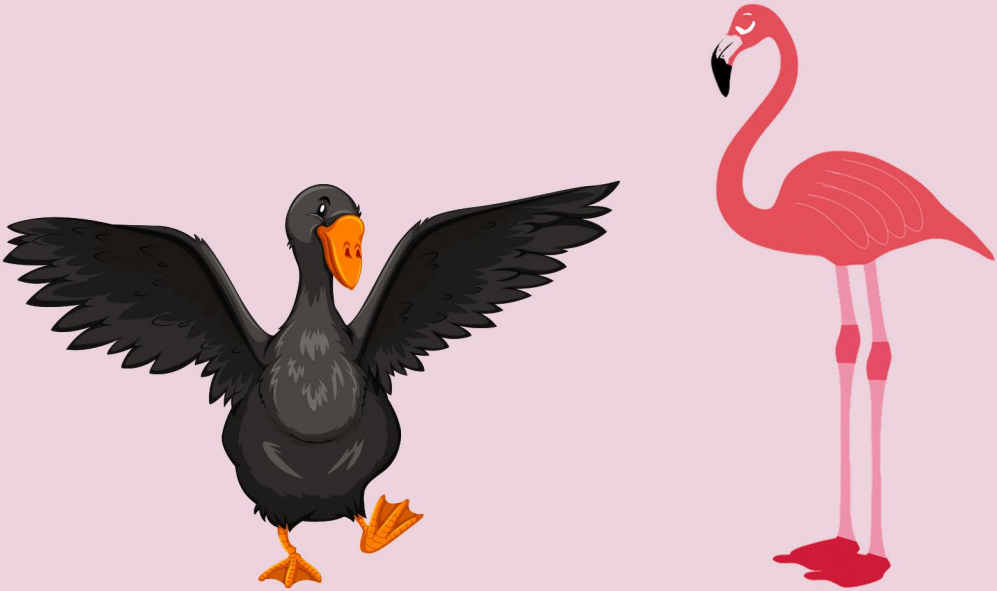
Plumas no entendía por qué un día decían una cosa y al día siguiente, otra.

Pobre Plumas. Todos los días hacía comidas deliciosas para sus amigos pero ya no le daban ni las gracias. Pobre Plumas, no le dejaban jugar al fútbol con ellos o salir a pasear cuando le viniera en gana.

Plumas estaba harto y decidió irse. Ordenó la buhardilla y esperó a que llegaran del trabajo para despedirse.

—He decidido irme ya. Aquí no soy feliz.





—Pero Plumas, si nosotros te queremos mucho, ¿por qué no estás a gusto con nosotros?

—Porque soy yo siempre quien prepara la cena y recoge lo que dejáis tirado.

—Bueno, es que a nosotros esas cosas no se nos dan bien —le dijeron Coco, Pico y Nico.

—Además, no me dejáis salir cuando quiero ir a dar un paseo.

—Es que no queremos que te pase nada —respondieron los tres hermanos.

—Y porque no me dejáis jugar al fútbol con vosotros. Es muy injusto.

—Pero Plumas, las chicas no jugáis al fútbol tan bien como nosotros, eso lo sabe cualquiera.

Plumas se quedó atónito.

—Yo soy un chico.

—No puede ser, si eres de color rosa.

—Todos los flamencos somos de color rosa —dijo Plumas.

—¿Está seguro de que eres un chico? Te hemos visto llorar y los chicos no lloran.

—¿Por qué no pueden llorar cuando están tristes? —Plumas abría mucho los ojos porque no daba crédito a lo que estaban diciendo.

—Perdona, Plumas, no sabíamos que eras un chico. Si lo hubiéramos sabido te habríamos tratado de otra forma. Es que en el pueblo de los gansos las chicas nacen con el don de saber limpiar y cocinar pero no saben jugar al fútbol ni usar un taladro. Les pasa eso porque son chicas.

—¿Y las chicas de este pueblo están de acuerdo?

—Nunca se lo hemos preguntado. Las cosas son así y andando —le dijeron los gansos muy convencidos.

—Pues yo os digo, porque lo he vivido en vuestra casa, que así no se puede ser feliz. Me parece muy tonto que tratéis a las personas de forma diferente. ¡Adiós!

—¡Plumas, no te vayas! —le gritaron los gansos— ¿Quién nos va a hacer la cena?

—Pues aprended a cocinar, que ya sois mayorcitos —les dijo Plumas y salió por la puerta, feliz de volver a su pueblo, donde todos los flamencos, fueran chicos o chicas, se sentían libres de hacer lo que más les gustara: jugar al fútbol, bailar ballet, cocinar o llorar si les daba la gana.

FIN

Financiado con cargo a los créditos recibidos del Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes e Igualdad (Secretaría de Estado de Igualdad).

Ayuntamiento de
Vega de Valcarce

GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE LA PRESIDENCIA, RELACIONES CON LAS CORTES
E IGUALDAD